

CARTAS DE LECTORES

Señor Presidente del Centro Naval:

Tengo el agrado de dirigirme a usted, y por su digno intermedio a todos los integrantes de la Comisión Directiva de esa Institución, a los fines de agradecer el premio que me fue otorgado en el Acto Académico del viernes 11 de septiembre.

Suele ser habitual cuando alguien recibe una distinción, que manifieste su gratitud a aquella o aquellas personas que facilitaron o colaboraron en el logro, y también que profese, si cabe, una dedicatoria del mismo, deseando quien suscribe efectuar ambas acciones.

En primer lugar quiero destacar mi reconocimiento al Sr. CN (R) Alberto Souto, amigo y compañero de Promoción, en actividad en 2003, al que visité cuando estaba pergeñando el relato hoy premiado, y generosamente me facilitó el acceso a toda la documentación que da rigurosidad histórica a la narración; y al Sr. CN (R) Ricardo Hermelo, quien se entusiasmó con su lectura y lo envió al Centro Naval con solicitud de publicación.

En segundo lugar, quiero dedicar este premio a la Armada misma, como Institución en sí, y en la persona de todos los hombres y mujeres que la integran y la integraron, a los que diariamente, en silencio y desde los albores de su génesis, cumplen su tarea en un ambiente de sacrificio y renunciamiento, acompañados por sus familias, en el recorrido estoico por todos los destinos y carencias posibles. En homenaje también a su rica Historia, desde las batallas de la Guerra de la Independencia, en la cual se comenzó a manifestar la heroicidad y el coraje de combatir en inferioridad de condiciones, para transformar resultados cantados en proezas increíbles a partir de las cuales principiábamos a entregar a la Patria los nombres de sus primeros Héroes Navales, encabezados por el Almirante Brown; desde la expedición del Comodoro Py a la boca del Río Santa Cruz con una improvisada flotilla, con mucho menos recursos y armamento que los chilenos que la habían ocupado, y sin embargo dispuestos a la acción sin discusiones; desde la misma acción de la corbeta *Uruguay*; desde las dos revoluciones de 1955, la primera con el agregado de que es la única Fuerza Armada en la cual uno de los jefes de una sublevación frustrada (y, por otra parte, harto justificada),

decidió en exaltación de dignidad poner fin a su vida no sin antes aclarar “prefiero morir con mi uniforme y no con otro”. Me refiero obviamente, al Señor Contraalmirante Benjamín Gargiulo. La segunda, la hoy inicua denostada Revolución Libertadora, triunfante gracias a la decisión del Almirante Isaac Rojas que volcó los sucesos cuando la relación de fuerzas era muy superior a favor de los “leales”; la misma Armada que ya más contemporáneamente triunfa militarmente en la Guerra contra la subversión, la de la Campaña de 1978, y la más reciente y más costosa en vidas navales: Malvinas. Sempiternamente repitiendo la afición a la gloria: a sabiendas de ser menos, desde el punto de vista tecnológico, logístico y armamentístico, pero dispuestos a dar hasta la vida por cumplir con la esencia misma de su vocación y de su formación, inundando la Historia con los nombres de los nuevos Héroes Navales, los que quedaron y los que están.

Por estas razones, y en las actuales circunstancias que atravesamos, el especial ofrecimiento y dedicatoria es para todos aquellos camaradas que, una vez más, afrontan con envidiable dignidad la persecución y la cárcel, en una increíble paradoja argentina donde a los derrotados se les permite impunemente tomar venganza contra quienes los vencieron en una guerra infame, por ellos declarada y hoy vilmente negada, donde las reglas de juego las puso el enemigo, y hoy pretenden humillarlos apoyados por una justicia minúscula de jueces corruptos y obsecuentes con el poder de turno, juzgando con leyes retroactivas y violando el elemental principio jurídico de la “Cosa Juzgada”, que han tomado a la verdadera Justicia en una entelequia, en una palabra vacía de contenido.

Estoy seguro, Señor Contraalmirante, que algún día la Verdad prevalecerá y nuestra (permítaseme así llamarla) querida Institución obtendrá de la sociedad el reconocimiento, el respeto y, por qué no la admiración que ha sabido ganarse en casi dos siglos de Historia.

En la inteligencia que comprenderá el espíritu que anima a la presente, se reitera ante usted con la mayor consideración y estima.

Doctor Jorge R. Rossi
Guardiamarina de la Reserva Naval